

SOBRE EL MITO

Por Alberto Wagner de Reyna

(A Ernesto Grassi)

En los Capítulos 3 y 4 de Fedro (especialmente de 229 b 4 hasta 230 a 1) nos da Platón los elementos de una teoría del mito, que trataremos de explicitar en estas páginas. Refiriéndose a la ninfa Orintia, que en un lugar rocoso fue arrebatada por Boreas, pregunta Fedro a Sócrates si cree que ese cuento (λόγος) o mitologema (μυθολόγημα) es verdadero (ἀληθές). Este responde rechazando la explicación naturalista-racionalista del mito; según la cual Orintia fue seguramente una niña, que empujada por el viento boreal se despeñó, hecho natural en el cual tendría su origen la leyenda de su raptó por Boreas.

El mito es calificado de LOGOS, es decir, de “palabra”. El verbo λέγειν (como el **legere** latino y el alemán **lesen**) tiene en griego originariamente el sentido de “recoger” y “juntar lo recogido” (como en español co-legir, y colección), y de allí el de “ordenar” (como se hace con las espigas que se recogen juntas y se atan en gavillas); esta labor, realizada con la mente, es el λέγειν (pensar, leer), y de allí que λόγος adquiriera el significado de razón, palabra, discurso, y hasta cuento, como es aquí el caso.

Y precisamente los términos **cuento** y **contar** cubren en castellano esta triple significación: 1) numerar lo colegido (contar cuántas manzanas hay en un cesto); 2) referir (contar por-

menorizadamente un suceso), y 3) fábula (cuento de hadas, de niños).

Aparte de "cuento" hay otros dos términos castellanos que muestran esta polivalencia significativa de "logos".

1) **leyenda**, etimológicamente emparentado con λόγος (leyenda, leer, **legere**, λέγειν): aquí se subraya el carácter "literario" de la palabra, sea ella de viva voz o leída, refiérase a hechos reales, acontecidos, trascendentes a lo lógico, o no. (Así llamamos **leyenda** al cuento, pero también a la explicación colocada al pie de un grabado, que indudablemente se refiere a algo dado en el mundo).

2) **fábula**; es aquello que se habla, **habla**. Aquí el acento está en el carácter de comunicación y entendimiento propio de la palabra, ya que el "habla" es el vehículo de la expresión. Se puede hablar en serio o en broma, verdad o mentira, con fundamento o perderse en vanas **habladurías**, pero siempre el entendimiento será lo esencial en ello: el dar a entender como en la fábula, o el entenderse como en la **con-fabulación**. En el hablar hay siempre una intención, un **in-tendere**, un tender de un hombre al otro, el tender hacia el contenido (de allí su carácter "intencional"), es decir, una tensión, por encima de lo extraño, entre hombres, contenidos, cosas.

Sinónimo de "logos" parece ser en este texto la palabra mitologema.

Μῦθος también significa "palabra", y μῦθεω, decir. Pero no se subraya aquí el carácter de ordenación propio del "logos", sino una idea paradójica, inesperada: el esconder. Μύω significa **cerrar** (emparentado con **mutus**, mudo).

Para seguir adelante es menester apuntar dos otros términos griegos conexos, que explican otros tantos nuevos aspectos de la palabra: 1) ἔπος (ῥέπος), relato épico, canto; εἶπον (raíz: $\epsilon\pi$), dije: emparentados con **vocare**, llamar, y **vox**, voz, que subraya la **sonoridad** de la palabra. ἔπος y el calificativo de **épico** pueden referirse tanto a hechos históricos (una defensa épica de una plaza fuerte), como a historias fabulosas (v.g. partes del Mahabarata, la Gatomaquia, etc.).

2) φημί, digo, relacionado con φαίνω, **muestro**, φῶς, luz, y

fari, lucir. Aquí lo esencial es el “hacer luz sobre algo”, el “poner en claro, a la vista”.

Si nos atenemos a estos cuatro significados (λέγειν, μύω, ἔπος, φημί), tendríamos que la palabra es **ordenante, ocultante, sonora y mostrante**. El ocultar o esconder de la segunda significación se opone al mostrar de la cuarta, pero no se destruyen entre sí: es necesario que algo esté velado, se vele, para que haya revelación. La palabra no es la cosa misma, sino algo que hace la cosa, o que se hace con ella o de ella; la palabra **traduce** la cosa, no sólo en el sentido trivial de buscarle un equivalente en el plano lógico a su contenido real, sino que la **conduce**, la lleva a **través** (tra-duce) de lo extraño, o por encima de ello —como dijimos antes— en la tensión entre **hombres y cosas**. Esta **traducción** mostrante es, sin embargo, necesariamente una modificación de lo traducido, y de allí que la palabra simultáneamente vele y revele (o vele **para** revelar) lo que ordena y pregona. Y este velar no es un momento negativo de ella, sino por el contrario muy positivo: aquel que hace posible la poesía, en que la revelación se hace por la velación misma. Es el ámbito de la **metáfora** (literalmente: **traducción**), de la insinuación, del clarooscuro, de la **nuance**, y en esa dimensión se da la profundidad del idioma. La metáfora al velar una cosa con una palabra que no le corresponde no engaña sino muestra una virtualidad recóndita que escapa a otras formas de la revelación.

Si bien toda palabra es velante —oculta y esconde—, hay un modo de ella en que el velar se halla por así decir en primer plano, en que la velación es lo fundamental y decisivo. Este modo de la palabra es el **mito**.

El esconder y ocultar del mito es un ocultar muy especial. Nos da para él la clave otro verbo, emparentado con μύω, pero de uso posterior: μνέω iniciar. No significa él un cerrarse solitariamente sobre sí mismo, sino un introducir al espectador en lo recogido y reservado dándole el conato —el **inicio**— necesario para “hacer luz” en esa cerrazón.

La iniciación es rasgo fundamental del mito, sin que por ello desaparezcan los otros caracteres que, en cuanto palabra, le son esenciales. Su revelación es gracias a esa ocultación que lleva en sí el conato de su propia aclaración y claridad. La traducción es en ella como en doble dirección: el sentido al librarse al iniciado

lo atrae e incluye en su ámbito esotérico. El mito por ello no puede simplemente escucharse sino es menester entregarse a él para entenderlo.

Platón emplea dos vocablos distintos: **mito** y **mitologema**. Parece que esta segunda expresión es una redundancia; la palabra (logos) del mito, que como tal es también una palabra. En verdad mito atiende más al aspecto iniciativo, mitologema a su expresión literaria. Sin extremar esta distinción puede decirse que mito es el contexto lógico que ocultándola revela una realidad, y el mitologema la formulación verbal de él.

Ni en el texto platónico ni en el análisis de las diferentes raíces griegas y sus equivalentes castellanos encontramos una referencia al siguiente punto: si la palabra se refiere a hechos y cosas trascendentes a ella o si agota su realidad en el relato mismo. Y esto vale para todos los modos de la palabra, inclusive el mito.

Y ahora viene una pregunta muy curiosa de Fedro: ¿Cree Sócrates que el mito de Orintia sea verdadero? Lo que implica, en forma más general: ¿Cree Sócrates que hay cuentos y mitos que sean verdad? ¡Si fueran verdad no serían cuentos y mitos!, dirá alguien. Pero, y esto es muy extraño, Sócrates no dice nada semejante y parece aceptar como cosa convenida que los cuentos y mitos puedan ser verdaderos.

Pero, ¿qué quiere decir “Verdad” y “verdadero”?

Ἀληθές es lo contrario de ληθές, emparentado con λήθη —el olvido—, con λαθεῖν —encubrir y estar oculto— y con el verbo latino **latere**. Ἀληθές es lo que no está **latente**, lo **patente**, ya sea en el alma o en el mundo, lo **descubierto**, y en la teoría platónica habría que subrayar lo **recordado**: aquello que es y es para lo demás y los demás.

Verdadero aplicado a una palabra tiene pues el sentido de **descubriente**. Fedro pues pregunta si Sócrates cree que la palabra fundamentalmente revelante e iniciante, el mitologema, descubre. Preguntar si el mitologema revela sería ocioso: toda palabra revela, y en este caso lo esencial es que vela —la velación—, que da las condiciones de la posibilidad del revelar. Preguntar si una palabra descubre o no, es preguntar por su autenticidad, por si deja ver lo que es tal como es. De allí que la pregunta de Fedro acerca de si el mito de Orintia es verdadero

también signifique: ¿es este mito, y el mito en general, una palabra auténtica, una palabra de verdad? Ambas preguntas apuntan a lo mismo, pues la palabra que descubre es palabra auténtica, de verdad; y la palabra auténtica, de verdad, descubre.

La respuesta de Sócrates a esta grave pregunta no es explícita.

Como sabemos, Sócrates rechaza la explicación naturalista de los mitos. Se burla de que en el presente caso Orintia haya sido despeñada por un golpe de viento boreal, es decir, de que un hecho histórico —ocurrido seguramente en tiempos remotos— haya sido velado por el mito. El mito no vela un hecho histórico: si fuéramos por ese camino, se tendría que buscar hechos explicativos para centauros y quimeras y extravagancias fabulosas de esa naturaleza. El mito vela otros contenidos de mayor monta; y los vela para al retirar el velo, al revelar, dejar ver hacia adentro. ¿Pero cómo? ¿Y es esto un descubrir? ¿Es la re-revelación del mito un descubrimiento? La pregunta de Fedro queda en pie: ¿Es el mito, verdadero? ¿Palabra de verdad?

Sócrates no se interesa por la explicación naturalista-racionalista, que califica de **sabia**, y que es propia de **incrédulos**. La otra explicación, la no naturalista, ha de ser pues la buena, y esa se basa en la **creencia**. El ámbito del mito no es el saber —y aquí no apunta, me parece, Platón a la sabiduría sino a la sofistería—; él se mueve en la virtud moral de la confianza, del convencimiento, de la fidelidad. El mito no transmite “conocimiento”: nos **coloca confiadamente en la realidad** significada por él. La palabra, el logos, no es aquí “científica” (epistemológico) sino “religioso” (que **liga**, junta, **federa**, de **foedus**, emparentado con **fides** —fe— a su vez emparentado con la raíz $\mu\theta$, de donde viene $\pi\acute{\iota}\sigma\tau\iota\varsigma$ —fe, confianza, convencimiento).

El mito, según Platón, se refiere a lo extraño al “yo”; tal se colige del capítulo IV. Se trata en él de cosas **extrañas**, aún más: de cosas **extravagantes** ($\acute{\alpha}\tau\omicron\pi\acute{\iota}\alpha\iota$); y quien a ellas presta confianza es extravagante. Son cosas extravagantes, pues no se realizan en ningún lugar; son hechos sin ubicación, ajenos a la topografía humana, hechos sin realidad en el mundo físico; es decir: el mito se refiere a esencias, a ideas. **La realidad de lo que relata el mitologema se agota en la palabra misma.** Pero

estas extravagancias son **teratológicas**. *Tépas* tiene el triple significado de meteoro —hecho atmosférico—, de signo o señal, y de ficción. En la **ficción** de esas extravagancias hay un **signo**, y ese signo señala hacia acontecimientos meteorológicos, naturales, **cósmicos**, hacia la secreta realidad del universo. El mito no revela hechos históricos concretos o tal o cual acontecimiento de la realidad sublumbar (que no son extravagantes) sino en su velación revela al ser, la esencia, de lo trascendente, del cosmos.

A esta realidad inconmensurable con la nuestra —con el conocimiento, con la gnosis, de sí mismo, que interesa fundamentalmente a Sócrates —se refiere el mito; y a él recurrimos cuando queremos contemplar estas realidades trascendentes al hombre.

En el contemplar (*σχοπεῖν*, spectare) se muestra al **espectador** lo contemplado, pero en la **perspectiva** de la contemplación. Lo contemplado se muestra desde determinado ángulo de vista, así como es desde aquí o allá. Y el contemplar es sin duda un descubrir, pues no se puede contemplar lo encubierto, y contemplando se van descubriendo más y más detalles. Pero sólo tenemos en el **spectare** un solo **aspecto**. En el *σχοπεῖν* a que se tiende por el mito descubrimos confiantes el aspecto que corresponde a nuestra iniciación.

Y este aspecto es el aspecto esotérico, que hace ver lo recóndito, desde el punto de vista de la ocultación misma. El **spectare** mítico nos coloca en la confianza de la realidad trascendente —que se agota en la palabra misma, pero da sentido a los hechos externos—, iniciándonos en el aspecto de ella. Por el mito se ve desde dentro estando fuera: de allí que su **traucción** sea tan arriesgada y tensa: metafórica.

El mito, pues, es verdadero en cuanto nos descubre la realidad, desde su punto de vista. Esto no quiere sin embargo decir que sea una verdad parcial, o que el aspecto visto no sea esencial, puesto que el texto en cuestión ni siquiera nos dice que esta relatividad del **spectare** no es propia de todo descubrimiento. Pero, en cambio, es de tenerse presente que determinados “aspectos” de la realidad son sólo visibles por el mito, y que ellos nacen del impacto de la palabra en la intimidad de la realidad; desentrañan el sér.

El mito es palabra de verdad, porque es palabra en confianza.

La realidad del cosmos es descubierta por el hombre gracias a su velación literaria, iniciante, confidente del mito. Y tanto es así, que el mismo Platón se vale de él para expresar esa realidad transcendente, la esencia de aquello que no está en el hombre. Por lo tanto **su función no es ser símbolo o proyección del subconsciente**, como quiere C. G. Jung, sino ser signo del arcano cósmico, comprensible únicamente para los extravagantes.

Santiago de Chile, marzo de 1952.